

Ruinas del imaginario nacional argentino: contar Malvinas

María José Bruña Bragado

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA · Mjbruna@usal.es

Doctora en Literatura Española e Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Ha realizado labores de investigación y docencia en Brown University, la Université Paris 8, University of Pennsylvania y l'Université de Neuchâtel. Ha publicado dos libros sobre la poeta uruguaya Delmira Agustini: *Delmira Agustini: dandismo, género y reescritura del imaginario modernista* (Peter Lang, 2005) *Cómo leer a Delmira Agustini: Algunas claves críticas* (Verbum, 2008).

Guillermo Mira Delli-Zotti

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA · Mira@usal.es

Profesor titular de Historia de América. Sus principales líneas de investigación se relacionan con la formación de los estados nacionales iberoamericanos y los circuitos económicos de la plata americana. Es coautor de los libros *La savia del imperio. Tres estudios de economía colonial* y *De los Andes al mar: plata, poder y negocios en el ocaso del régimen colonial español*.

RECIBIDO: 4 DE FEBRERO DE 2013

ACEPTADO: 4 DE MARZO DE 2013

Resumen: No es posible una aproximación teórica unívoca a la guerra de las Malvinas, ya que el conflicto está ligado a diferentes y contradictorios sentidos y constituye uno de los más reveladores ejemplos de control “biopolítico” de nuestra historia reciente. La ficción arroja alguna luz sobre los agujeros del conflicto y procedimientos como la parodia, la farsa y la alegoría pueden renovar nuestra mirada sobre los acontecimientos del pasado reciente. Por ello nos proponemos una lectura política y literaria de algunas novelas que representan la guerra, especialmente de *Los pichiciegos* (Fogwill, 1982).

Palabras Clave: Islas Malvinas, Biopolítica, Historia, Ficción, Memoria.

Abstract: There is not possible an univocal theoretical approach about Malvinas or Falklands War. Testimonial Literature, Historical or Anthropological Studies seem to be unsatisfactory to explain the paradoxes attached to Malvinas events. Fiction can help us and Parody, Farce and Allegory are the main literary modalities that can renew our looks about recent past events. In this sense we propose a political and literary reading on some Malvinas's novels, especially *Los pichiciegos* (Fogwill, 1982).

Key Words: Falkland Islands, Biopolitics, History, Fiction, Memory.

DOI: 10.7203/KAM.1.2316

“La alegoría se aferra a las ruinas, ofreciendo la imagen de la inquietud coagulada”

WALTER BENJAMIN

“Pensar con una mente abierta significa entrenar a la imaginación para que salga de visita”

HANNAH ARENDT

1. Historia, biopolítica, ficción.

“Chi afferra la massima irrealità, plasmerà la massima realtà”

GIORGIO AGAMBEN

La guerra de Malvinas, junto a la dictadura militar de la que es corolario y clausura, constituye uno de los ejemplos más reveladores de “control biopolítico” en la historia reciente.

Una indagación en los significados, implicaciones y derivas de la noción “nuda vita” o “cuerpo político” muestra hasta qué punto puede ser, entonces, ya no pertinente, sino obligado acudir a la misma a la hora de intentar dilucidar las razones para la dificultad de explicar la experiencia de Malvinas desde una perspectiva historiográfica, antropológica, sociopolítica.

Al final del primer volumen de *Historia de la sexualidad*, en “La voluntad de saber”, Michel Foucault apuntala los cimientos de un concepto que se revelaría fundamental para el pensamiento filosófico posterior y sería desarrollado ampliamente por Giorgio Agamben y Peter Sloterdijk: la “biopolítica”. Ésta no es sino el resultado de la instrumentalización de la vida natural por parte del poder político en la era moderna (Foucault, 1976: 173). La biopolítica se definiría, pues, como la gestión política total, la intervención o intrusión calculada, subliminal o directa, del poder-saber en todas las facetas de la vida humana. Ese control acérrimo ejercido históricamente, a través de las más diversas tecnologías de dominio sobre el cuerpo –médicas, administrativas, jurídicas-, impide, por supuesto, tener una identidad y aun despoja de la experiencia individual, cuando no de la vida misma. La genealogía de la “biopolítica” se remontaría, claro, a Walter Benjamin como precursor. El pensador alemán ya en 1933 diagnosticaba la “pobreza de la experiencia” moderna y remitía como causa de esta catástrofe a la guerra mundial. Sin embargo, sería Foucault el primero en esbozar y verbalizar los sutiles y variados mecanismos filosófico-políticos que se apoyan, sobre todo, en lo jurídico para hacer “aceptable un poder esencialmente normalizador” sobre la vida (Foucault, 1976: 175). Por su parte, décadas más tarde, en *El poder soberano y la nuda vida*, primer tomo de su trilogía *Homo sacer* (1995), Giorgio

Agamben matizaría y enriquecería el discurso sobre lo “biopolítico” al intentar demostrar que toda la historia jurídica de occidente, desde el arcaico derecho romano hasta la moderna “Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano”, supone un intento de gestionar la vida humana reduciendo ésta a *nuda vida*. En última instancia, Agamben declara que el paradigma de la extensión global en la aplicación extrema de la “biopolítica” es el campo de concentración. Así, la consideración del hombre -no como sujeto sino como cuerpo vivo- y, más allá, como vida en un cuerpo y el estudio de este espacio, simultáneamente fuera y dentro de lo jurídico, en el que la vida es tratada como materia sin forma humana es el centro de la reflexión en *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo* (1995), tercer tomo de la obra. Esta circunstancia límite que padece el ser humano supone la ineludible revisión de todos los referentes y parámetros éticos válidos hasta el momento e implica la interrogación y cuestionamiento sobre la propia moral, como propone Georges Bataille en “De la relación entre lo divino y el mal” (1976). De este modo, la “salvación” ética queda reducida al *testigo* y su *testimonio* como única posibilidad, más allá de la supervivencia misma. Primo Levi ofrece, quizás, uno de los ejemplos más acabados y lúcidos en su *Trilogía de Auschwitz*. En la misma línea que Agamben, tanto Todorov como Sloterdijk, quienes se distancian de los planteamientos utópicos de la “ética discursiva” de Habermas, insisten en este aspecto y no dejan de subrayar el evidente fracaso de los humanismos postbélicos como utopía o ilusión de domesticación humana. Si Adorno consignaba que no se puede escribir poesía después de Auschwitz, Todorov considera que el testimonio -que ocuparía en esa coyuntura el lugar del arte- auxilia en la tarea de recordar el horror, decir la barbarie, preguntarse por las razones del mal, pero, aunque ésta es legítima y constituye un paso casi necesario, no exime de la repetición histórica del mismo (2009). Como afirma Sloterdijk:

Le XXe siècle joue un rôle prédominant dans l'heure du crime de la modernité : en lui, on élimine peu à peu les alibis historiques et régionaux pour faire de tous les contemporains les témoins et les complices potentiels du monstrueux créé par l'homme (Sloterdijk, 2000: 23).

El humanismo, pues, no constituye un remedio y es inútil aferrarse a esa posibilidad civilizadora frente a la brutalidad y la violencia. En este sentido, sólo desde la admisión de que no es un “mal radical” el que habita en el corazón del hombre (Kant), sino un “mal banal” (Arendt), esto es, formas de perversión que no se ajustan a los patrones binarios de la tradición cultural (y judeocristiana), podremos contar de forma compleja, poliédrica, y no maniquea, podremos narrar las condiciones y circunstancias que permiten la degradación del ser humano y podremos, incluso, a través de ese relato subjetivo en el que pudimos desempeñar el papel tanto de víctimas como de victimarios, conseguir la expiación personal y un cierto espacio ético. En suma, el humanismo restaurador se confiesa impotente ante el

gesto de la biopolítica, y sólo dejando constancia, tratando de aceptar ésta como realidad, como cumplimiento paradójico de la promesa del desarrollo social y político de Occidente, puede plantearse la auténtica resistencia desde, en expresión de Pasolini, los “resplandores supervivientes de los contrapoderes” (Didi-Huberman, 2012).

En *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo* (2005), Beatriz Sarlo plantea que en la “era del subjetivismo”, que corresponde al tiempo presente, es legítimo ese testimonio en primera persona en tanto catarsis o “reparación de una identidad lastimada”, como acabamos de afirmar, pero se interroga acerca de las razones de la primacía y “privilegios” que ha adquirido la experiencia vinculada a la memoria y la oralidad tanto en la academia como en el mercado. Además, sugiere que un desplazamiento de lo “fehaciente” desde un punto de vista personal -categoría que ha adquirido en las últimas décadas validez histórica por la canalización de las fuentes del neohistoricismo, la sociología de la cultura y los estudios culturales a la historia oral- a lo “poético” sería oportuno y aun deseable. La elipsis, la diversidad de puntos de vista, la alegoría, la parodia y otras modalidades retóricas de la narrativa que imponen cierta distancia intelectual, cierto ejercicio crítico pueden iluminar más el pasado reciente que los ensayos científicos, la historia oral o la novela histórica comercial que desborda las librerías por ese recalentamiento memorialístico (o “posmemorialístico”) contemporáneo. En el testimonio, la experiencia es fundamental para verbalizar la violencia extrema –únicamente hay experiencia cuando la víctima deviene testigo -, pero hay que tener muy claro que su terreno es muy distinto al de la historia, pues un pasado imaginado en la inmediatez identitaria no permite construir un sentido global de la historia y, con frecuencia, despolitiza la memoria. El propio Primo Levi sostiene, en varios momentos, que estar en un campo de concentración no implica, necesariamente, comprenderlo mejor porque siempre es imposible narrar la totalidad de la experiencia. En este sentido, la experiencia tiene, apunta Sarlo, un carácter vicario y limitado, no tan revelador e insustituiblemente verdadero como se nos ha hecho creer:

Vivimos una época de fuerte subjetividad y, en ese sentido, las prerrogativas del testimonio se apoyan en la visibilidad que “lo personal” ha adquirido como lugar no simplemente de intimidad sino de manifestación pública. Esto sucede no sólo entre quienes fueron víctimas, sino también y fundamentalmente en ese territorio de hegemonía simbólica que son los medios audiovisuales. Si hace tres o cuatro décadas el yo despertaba sospechas, hoy se le reconocen privilegios que sería interesante examinar (Sarlo, 2005: 25).

Así, el lenguaje testimonial cura, repara y devuelve la voz tras la mudez o bloqueo verbal postraumático, pero es la elaboración estética y estilística la que, por su carácter reflexivo y crítico, proporciona todo un aparato conceptual para tratar de entender y

explicar las continuas aporías en la relación historia-memoria.¹ En cualquier caso, si los sucesivos exterminios o genocidios no son, pues, una anomalía histórica o un paréntesis aberrante, diabólico y puntual en el progreso de la civilización, sino manifestación de nuestra propia condición humana, como afirma Arendt, también la guerra, como nos recuerda Vitullo, “es un fenómeno permanente que perdura en virtud de su plasticidad política” (2012: 67). Así las cosas, como veremos, la guerra de Malvinas no fue en absoluto un anacronismo histórico –puede que sí en la “puesta en escena” aeronaval y anfibia un tanto obsoleta en el umbral de las guerras de los misiles- o un “accidente” irracional, inexplicable y absurdo a finales del siglo XX. La guerra fue una decisión conscientemente tomada por sendos gobiernos que sabían que mandaban a una probable muerte a cientos de jóvenes, fue una estrategia de la “biopolítica” –fallida en el caso de Argentina- para perpetuarse en el poder, estrategia utilizada por dos estados, civilizados y bárbaros a partes iguales, por una Inglaterra democrática y una Argentina dictatorial que se encontraban en la cuerda floja, en una encrucijada de su historia.

Nuestra hipótesis de partida en este trabajo es que no es posible contar Malvinas desde el testimonio, desde la crónica histórica o periodística con el lenguaje sobrio, lúcido y ecuánime de Levi, con similar agudeza y profundidad de ideas. No es posible, tampoco, encontrar, totalmente, ese cierto alivio ético y hay que recurrir al aparato ficcional para decir por completo la pérdida y el horror, para dejar constancia de la “nuda vita”.² Y ello porque algunas paradojas específicas atraviesan esta guerra y confunden incluso a los supervivientes que, incapaces en la mayoría de los casos de distanciarse teóricamente o reflexionar de forma crítica, sucumben a las versiones oficiales y al nacionalismo fácil. El poder los desposeyó de la identidad, la experiencia y en ocasiones de la vida hasta que pasaron de ser sujetos a ser cuerpos que intuyen, pero no saben explicar las razones de su

¹ El testimonio de Primo Levi (1947) y, más recientemente el de Pilar Calveiro (1998), constituyen espléndidas excepciones a esta regla: “Lo que Calveiro hace con su experiencia es original respecto del espacio testimonial. Afirma que la víctima piensa, incluso cuando está al borde de la locura. Afirma que la víctima deja de ser víctima *porque* piensa. Renuncia a la dimensión autobiográfica *porque* quiere escribir y entender en términos más amplios que los de la experiencia padecida” (Sarlo, 2005: 122) Walter Benjamin, Paul de Man y Jacques Derrida configurarían, entre otros, esa línea interpretativa que retoma Beatriz Sarlo y que cuestiona las posibilidades hermenéuticas del género autobiográfico como verdadero y criterio excluyente.

² Un ejemplo paradigmático de esa incompletud del relato historiográfico es el que personifica Federico Lorenz, investigador que transita, con perspicacia, entre historia y ficción, entre fotografía, documento e invención para entender Malvinas. Ver de este autor: *Las guerras por Malvinas* (2006 y 2012); *Fantasma de Malvinas. Un libro de viajes* (2008); y su novela *Montoneros o la ballena blanca* (2012).

mal.³ En este sentido, es obvio que existe un consenso sobre la “banalidad del mal” que está en el origen del holocausto nazi, aunque se camufle con coartadas como la “obediencia debida” o la “zona gris”; parece claro que empieza a existir un consenso también sobre las torturas y asesinatos de la denominada “guerra sucia” en Argentina, por encima de puntos de vista personales, de matices dogmáticos y orientaciones ideológicas. De hecho, la memoria se convierte en un deber en la Argentina postdictatorial y es precisamente el testimonio lo que hace posible condenar el terrorismo de estado. No existe, en cambio –y esto es lo distintivo–, consenso todavía sobre el significado de la guerra de las Malvinas y su atentado contra el carácter sagrado de la vida –el elemento étnico del nazismo frente a la amalgama identitaria que refleja Fogwill en *Los pichiciegos* para el caso Malvinas no debe ser pasado por alto– y ello impide discursos coherentes, sólidos y verdaderamente liberadores, ello obstaculiza un relato que explique, sin manipulaciones ni partidismos, por qué la guerra tuvo lugar, ello empuja a los veteranos a regresar una y otra vez a las islas en busca de respuestas.⁴ Como observa Julieta Vitullo “durante al menos dos décadas la guerra de Malvinas fue una suerte de tierra de nadie para la interpretación y era relativamente poco lo que la sociedad sabía –o quería saber– acerca de los acontecimientos mismos” (2012: 13). En cierta medida, si seguimos creyendo en el “mal radical” kantiano aplicado a los militares como únicos responsables del desatino, si no problematizamos ni incluimos en nuestro discurso la aporía de que toda la sociedad civil –también, por

³ Muy interesante es, a este propósito, la conversación que mantienen los ex combatientes Carlos Enriori y Dacio Agretti sobre las causas de la guerra en *La forma exacta de las islas* (2012), excelente documental de Edgardo Dieleke y Daniel Casabé, con Julieta Vitullo como pieza clave en la producción y en el guión: “-Lo que sufrieron los combatientes, los setecientos compañeros muertos...eso es lo soberano [...] No me importan las razones de la guerra, si fueron ciertas o equivocadas [...] Las Malvinas son argentinas”, afirma Dacio Agretti, a lo cual replica Carlos Enriori: “-Las Malvinas hoy por hoy son inglesas. No discutamos si son argentinas [...] Nadie vino a pelear por la soberanía, nadie sabía lo que hacía [...] nos metieron allí, a disparar [...] Hay un choque dentro que es complicadísimo desentrañar”. [cursiva nuestra]. En definitiva, los ex combatientes mismos se dan cuenta de las contradicciones inherentes a esta guerra –puestas de relieve de forma flagrante en las conmemoraciones del 2 de abril en las que todos participan–, pero, en ocasiones, defienden que la democracia existe en Argentina por su lucha o que las islas son argentinas, pues sólo teniendo ese discurso soberanista se hace digerible la experiencia. Agradecemos a los autores la posibilidad que nos dieron de acceder a tan sugerente trabajo en el momento en que todavía no se exhibía en salas comerciales. Asimismo queremos mencionar la mediación imprescindible y generosa de Sonia García López.

⁴ Al final de *La forma exacta de las islas*, el veterano Dacio Agretti afirma que antes de regresar a Malvinas sabía que iba a mirirlas con otros ojos; iba preparado para encontrarse algo distinto. Sin embargo, lo único que no esperaba encontrar y encontró fue “la belleza”. “Hace bien encontrarse con esto”, declara, y lo único que desea tras esa nueva experiencia es seguir con su vida y ayudar a otros compañeros a hacer ese viaje sanador. Aunque las respuestas a los interrogantes sean todavía confusas, el carácter terapéutico del viaje es innegable.

supuesto, la facción “peronista”- apoyó la causa soberanista por encima de la vida –como refleja extraordinariamente la novela *Montoneros o la ballena blanca* (2012) de Federico Lorenz-, si seguimos considerando el testimonio como “icono de verdad” no esclareceremos ni siquiera mínimamente lo sucedido.⁵

Analicemos ahora, con cierto detenimiento, algunas de las particularidades de esas paradojas intrínsecas a la guerra.

La derrota en Malvinas el 14 de junio de 1982 cierra un largo ciclo de violencia en Argentina⁶ y contribuye al hundimiento de la dictadura, es decir, abre la posibilidad de la democracia. En efecto, en un momento en que la recesión económica continental era inminente, el régimen militar, confrontando un creciente desapego popular, hizo un último y desesperado esfuerzo por “consolidar su disminuida autoridad mediante la ocupación de las islas Malvinas/Falkland. El fracaso de esta aventura dejó al régimen sin más opción que abdicar y llamar a elecciones” (Rock y Avellano en Drake y Silva, 1986: 189). En los meses previos a la invasión no se hablaba, pues, de represión ilegal, desaparecidos o violaciones de los derechos humanos sino de inflación, cotización del dólar, tasa de interés y evolución de la deuda.

De este modo, Malvinas se encuentra en una “zona gris” de la interpretación, pues, aunque “la guerra fue llevada a cabo por un gobierno dictatorial, represivo y criminal, ningún evento de la historia argentina dio lugar a semejante consenso cívico-militar basado en la pertenencia nacional” (Vitullo, 2012: 12).⁷ Además, ese consenso no era sólo nacional

⁵ Veamos otro ejemplo de testimonio y de la confusión ideológica que causó la invasión de Malvinas: “De Malvinas yo me acuerdo lo que fue la marcha del 30 de marzo, que fue una gran represión [...] El 2 de abril me toca ir a hacer una vidriera ahí en Capital. Y cuando estamos ahí [...] por ahí empezamos a ver la gente que empezaba a ir a la plaza [...] Y yo le digo al que estaba laburando conmigo: ‘Esto son todos locos, ayer nos corrieron a palos y ahora vienen a festejar que éstos tomaron las Malvinas, esto es una locura, cómo es la gente’, le decía yo, porque no me cabía en la cabeza, porque hacía dos días que te habían corrido a palos y después a festejar con los milicos [...] No entendía [...] En realidad uno decía, bueno, la alegría de decir bueno, las Malvinas son nuestras, estamos en Malvinas, pero después vimos lo que pasó [...] En realidad salieron a matar pibes, porque no hubo otro sentido [...] Se hizo el tema de la desaparición acá, y mandaron los pibes allá a Malvinas, con el fin de eliminar a toda una generación [...] Yo no apoyaba. Incluso la gente se iba allá a festejar, y yo decía esto es una locura. Pero lo relacionaba con esto de que las Malvinas son argentinas”. Entrevista a Carlos Álvarez (en Lorenz 2012: 55).

⁶ Para una detallada conceptualización sobre el papel de la violencia en la política argentina de la segunda mitad del siglo XX: Guillermo Mira (2009).

⁷ “En Argentina la clase política en pleno, desde la derecha hasta la izquierda, apoyó la guerra y secundó con entusiasmo la actuación de las Fuerzas Armadas en defensa de la soberanía nacional. Estrictamente hablando, en la aventura de Malvinas no sólo se quemaron los militares, también se consumió gran parte del crédito de la dirigencia política” (Mira Delli-Zotti: 6). En general: “[...] las brutales violaciones de los derechos humanos, los desaciertos en la gestión económica y otras fechorías de los militares habrían hecho aceptable la más modesta democracia con tal de cancelar la

sino continental, pues se abrazó –con la excepción del Chile de Pinochet– la causa soberanista. La razón que aduce Fernando Pedrosa para este apoyo es que “[...] para los políticos de América Latina, la Guerra de Malvinas era un llamado a la realidad sobre su verdadera influencia en el mundo” (Pedrosa, 2012: 368). Por otra parte, incluso treinta años después, en un mundo muy diferente a aquel que hizo posible el escenario bélico, se sigue manteniendo que fue una “guerra justa” apoyándose en argumentos territorialistas.

Así, en primer lugar, el carácter vergonzante y “menor” de la guerra frente a las desapariciones y torturas sistemáticas y masivas en campos de concentración, frente a la barbarie y la represión militar durante la “guerra sucia” que el propio conflicto sacó a la luz dibuja un panorama complejo porque los combatientes –tanto los que murieron como los supervivientes– no dejan de estar sometidos a una doble marginación teórica, no dejan de ser, en este sentido, subalternos en la subalternidad, los últimos entre las víctimas de la dictadura militar argentina.⁸ Además, hay que tener en cuenta que es un conflicto marcado por lo generacional: la sociedad de principios de la década de los ochenta estaba tan acostumbrada a la violación de los derechos humanos, a nociones como “violencia”, “desaparición” o “muerte” articuladas en torno a sus jóvenes y a un clima de incertidumbre y confusión, que no tomaba conciencia del todo, no podía mostrar un espíritu crítico del que casi carecía. Era una sociedad anestesiada que no podía ya experimentar más dolor, aunque iba reconociendo, paulatinamente, una continuidad entre los crímenes cometidos por los militares –robo de bebés, asesinatos, secuestros, torturas– y la guerra de Malvinas. En cualquier caso, esto no exculpa ni exime de cierta responsabilidad, por acción u omisión, a la sociedad argentina.⁹ En “Los libros de la guerra”, Elsa Drucaroff señala con vehemencia: “¿Qué pasó con las Malvinas? Esos chicos ya no están?, cantamos en marchas de la democracia de la derrota, perfeccionando a la dictadura: hacíamos desaparecer a los chicos que sí estaban y crecieron como fantasmas” (Drucaroff, 2007). Por otra parte, no se nos escapa que –al no constituir una comunidad cultural, religiosa, étnica, y ni siquiera política– el testimonio plural y dispar de los veteranos pierde fuerza, aunque no sentido, como hemos reiterado a lo largo de este artículo. La gravedad de los hechos del pasado reciente

experiencia dictatorial” (*ibídem*: 5, siguiendo a P. Drake). Para profundizar en la transición a la democracia, podrá consultarse en breve “La coyuntura 1979-1982, la guerra Malvinas/Falklands y las transiciones a la democracia en América Latina” de Guillermo Mira Delli-Zotti [texto inédito].

⁸ Vacío crítico y testimonial, cuenta pendiente que las ficciones de Gamerro, Lorenz o Kohan, entre otras, tratan de saldar sin olvidar el lazo indisoluble entre dictadura militar y guerra de Malvinas en las tramas.

⁹ En *Nocturno de Chile* (2000) Bolaño pide explicaciones al país entero, pide respuestas a la Iglesia, la intelectualidad y la sociedad civil en pleno por los crímenes de Pinochet. Y aunque no se nos olvida que lo que hay de criminal en el alemán, el chileno o el argentino es el hombre, tampoco podemos echar tierra sobre el horror sin más, como le sucede a Urrutia-Lacroix, el protagonista de la novela.

provocaría la omnipresencia de los primeros subalternos y opacaría a “los chicos de la guerra” reduciéndolos a “subalternos de segunda categoría” en un primer momento de saturación informativa. Su experiencia no se consideraría prioritaria. Posteriormente, en una fase ulterior de explosión memorialística en la que brilla con luz propia el testimonio de Pilar Calveiro (1998), los ex combatientes continuarían en la trastienda testimonial por la falta de homogeneidad en su discurso, porque la amalgama de memorias parciales, politizadas y en lucha consigo mismas no constituyen más que un pedazo de metralla incrustado en el imaginario nacional, similar al pedazo de casco incrustado en el cerebro de Félipe Felix, el protagonista de *Las islas* (1998) de Carlos Gamerro. Este trozo de metralla únicamente provocaría algún que otro dolor de cabeza en determinados momentos puntuales de resurrección identitaria o en fechas señaladas de una democracia precaria y desgastada.

En segundo lugar, puesto que la relación dictadura-guerra es tan estrecha, lo anómalo sería seguir considerando la guerra como producto de una “causa justa”. Sin embargo, continúa siendo, como hemos anunciado, la explicación “razonable” más reiterada, desde todos los lugares y discursos. Como señala Verbistky (2002), tanto el discurso militar como el montonero partían, en principio, de análisis contrapuestos, pero coincidieron en que la guerra era legítima, bien desde el patriotismo espurio, bien desde una perspectiva anticolonialista, y siempre con el apoyo decisivo de la élite argentina. Esa controvertida confluencia, pese a tener motivaciones distintas, signo ideológico opuesto, hizo posible la unanimidad en el apoyo a la Guerra de Malvinas, su posterior invisibilización o relegación interesada y, finalmente, una oportunista utilización soberanista en sucesivas conmemoraciones y homenajes estatales. A la hora de aducir la “causa justa” como argumento de consenso se borra sutilmente la vinculación indisoluble entre guerra y represión dictatorial, así como se evita la espinosa cuestión de anteponer el anti-imperialismo o el soberanismo –que permeó hasta el sistema educativo como refleja muy bien la novela *Ciencias morales* (2007) de Martín Kohan- a los derechos humanos:

La reiterada tentativa de abstraer el 2 de abril de 1982 de su contexto histórico, de los cinco años previos y de la forma en que se condujo y perdió la guerra, procura crear la ilusión de que en la dictadura sombría que masacró a parte de una generación para mejor entregar al país alentaban elementos nacionales. Esta confusión sólo sirve al propósito de resacralizar a las Fuerzas Armadas, trocando en glorioso el más irresponsable de sus actos y utilizando el irredentismo isleño para cubrirse con los colores nacionales que no defendieron mientras ejercían un mando omnímodo (Verbistky, 2002: 11).

El enorme desafío en 1982 no era sino la "reinención del país" a través de la democracia, su “reconstrucción” ideológica, política, poética. Sin embargo, el humanismo,

insistimos, se utilizó sólo en clave triunfalista o victimista e hizo de todo punto imposible una recomposición compleja. Haciendo una traslación sinuosa de la plasticidad y el capricho de las memorias sociales que reconstruye Portelli para la Italia posterior a la Segunda Guerra Mundial, podríamos decir que la democracia argentina también fue un alumbramiento que mezcló factores contradictorios, como el de las mellizas Malvina y Soledad en la obra de Gamberro.¹⁰ En efecto, el conflicto sólo se interpretó de dos maneras: desde la glorificación soberanista que minimiza los efectos y justifica la guerra de Malvinas o desde un victimismo igualmente empobrecedor en el que los ex combatientes son víctimas de los militares antes que de los ingleses, pero que sigue avalando que es una guerra justa por razones antiimperialistas. Así, “ambas versiones participan de una misma lógica: la lógica del Gran Relato Nacional, es decir, el Gran Relato Argentino” (Kohan, Blanco e Imperatore, 1993-1994: 40). Los dos discursos, restituyentes del pasado, como afirma Beatriz Sarlo, son problemáticos pues producen “un reordenamiento ideológico y conceptual de la sociedad del pasado y sus personajes, que se concentra sobre los derechos y la verdad de la subjetividad” (Sarlo, 2005: 22).¹¹

Desde el momento de la reconstrucción democrática, entonces, los discursos sobre la autopercepción de la nación argentina quedan inevitablemente despedazados y totalmente deslegitimados, ya no son creíbles; el imaginario colectivo entra, pues, en quiebra y se recurre a la “invención de una tradición”, en terminología de Hobsbawm (1983), para abordar o representar Malvinas en tanto conflicto “menor” y “guerra justa”, en lo que constituye, insistimos, un perverso mecanismo biopolítico que deja a las víctimas sin vida, sin voz o balbuceando confusas razones.

Con todo, se intuye todavía otra tercera versión, otra explicación difusa y todavía más problemática en la que “los chicos de la guerra” no son sólo víctimas olvidadas o efectos colaterales de la “causa soberanista” sino incluso en cierto modo “culpables” de esa derrota. En este sentido, si Portelli encuentra en la interpretación social del asesinato masivo perpetrado por los nazis contra un aleatorio, heterogéneo e indefenso grupo de italianos un síntoma del origen espurio de la democracia en Italia, también se percata de que la gente consideraba que los verdaderos culpables de la matanza no eran los alemanes,

¹⁰ En *L'ordine è già eseguito* (2003), Alessandro Portelli desentraña cómo la memoria social sobre la matanza de las fosas ardeatinas alumbró una democracia italiana bastardeada por el estigma que un sector mayoritario de la población desplegó sobre los antiguos partisanos, el Partido Comunista y la izquierda en general.

¹¹ *Iluminados por el fuego* (2005), por ejemplo, es una ficción basada en hechos reales en la que no se reivindica la argentinidad de Malvinas en el discurso sostenido a lo largo del desarrollo argumental, sino que se opta por la denuncia del estado genocida y el olvido de los ex combatientes. El final, no obstante, cambia el signo interpretativo, da un giro de 180 grados al resto de la película pues aparece la consabida leyenda que vuelve a caer en el nacionalismo sentimental: “Las Malvinas son argentinas”, como se señala en el ya citado ensayo *Islas imaginadas* (100-101).

sino los italianos, que la habían provocado. Algo similar sucede en el imaginario popular con los veteranos de Malvinas que recuerdan, con su misma presencia, el fracaso del proyecto de Argentina como nación y el origen cuestionable, espurio de su democracia. En suma, el ejercicio de “desargentinar” teóricamente Malvinas, de “desmalvinizarlas”, es hoy una obligación de la crítica, más allá del reconocimiento de la violencia física y psicológica que sufrieron “los chicos de la guerra”. Su trauma de alguna manera continuará si no lo hacemos, si seguimos descontextualizando, abstrayendo y utilizando la “dinámica de las excepciones” para el caso Malvinas.

Constatamos, pues, que el humanismo, ni en clave de triunfalismo ni en clave de lamento, modalidades que señala también Lorenz como propias del primer discurso nacional y nacionalista –“nacionalismo difuso y sentimental”, según Novaro y Palermo (2003)-, ha sido suficiente para entender el fenómeno Malvinas. “Malvinas es un sentimiento, no nos interesa el oro ni el petróleo ni la posición estratégica. ¿No cree usted en el sentimiento del pueblo?”, declara Galtieri en su retorcido mecanismo de control discursivo. En definitiva, no se puede entender Malvinas ni como “pedazo del alma” arrebatado por los ingleses, ni como aventura irresponsable y absurda, inexplicable, de los militares motivada por una “causa justa”, pues “ver la guerra de Malvinas como mero disparate impide acceder al pensamiento y a la política que la hicieron posible y por lo tanto desarmar ese pensamiento y esa política” (Vitulo, 2012: 55). Ya decía Alan Badiou que afirmar que el nazismo no es un pensamiento o que la barbarie no piensa es solapadamente (2010).

Así, una vez confirmado el fracaso teórico y discursivo, una vez comprobada la insuficiencia y el vacío o “punto ciego” al que llegan las ciencias sociales, la historia y el testimonio personal para llevar a cabo la tarea de aprehender la experiencia y “reinventar el país”,¹² de reconfigurar o reconstruir un imaginario nacional tras la derrota de Malvinas, acudimos a la producción cultural, en concreto a la literatura, volvemos los ojos a la ficción para tratar de profundizar en las preguntas y contradicciones de esa coyuntura e iluminar o abrir nuevos espacios de pensamiento sobre la historia, nuevos espacios de resistencia, como diría Walter Benjamin (2005).¹³ El objetivo final no es sino rastrear desde la literatura

¹² En “Transhumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas”, Kohan, Blanco e Imperatore afirman, como ya hemos adelantado e incidiendo en la misma idea que Beatriz Sarlo, que es la ficción y no el discurso historiográfico, ensayístico o testimonial la que mejor y de manera más libre puede contar la guerra de Malvinas.

¹³ Desde un punto de vista cultural, publicaciones periódicas como *Punto de vista* o *Humor* consiguieron escapar de la censura durante la dictadura y ofrecieron un contrapunto, un resquicio de aperturismo, pluralidad y reflexión. *Agencia de Noticias Clandestina*, *ANCLA* y las hojas periódicas de la *Cadena informativa*, ambas creadas por Rodolfo Walsh, fueron, claro, el valiente precedente de comunicación disidente.

esos procesos de quiebra, repensar la representación del relato historiográfico y sus espacios en blanco o vacíos teóricos, pensar las islas desde otro lugar:

La literatura es un laboratorio de significaciones donde, aprovechando la coartada de la ficción, una sociedad se piensa y se interroga, produce a partir de traumas [...] Toda sociedad imagina en su literatura formas alternativas del mundo, entrelaza experiencias vividas y significaciones aceptadas con experiencias imaginarias y significaciones latentes: literatura es ficción, es generar lenguajes y realidades que no tienen consecuencia directa sobre la realidad, un laboratorio para reflexionar sin límite, para elaborar lo que no se puede elaborar (Drucaroff, 2007).

2. Narrar lo “inenarrable”

“Lo único que sé hacer es contar que ya no sé relatar esa historia. Y eso debería ser suficiente”.

JEAN-FRANÇOIS LYOTARD

“Sepan que olvidar lo malo, / también es tener memoria”

MARTÍN FIERRO

“*Di fronte al mistero, la creazione artistica non può che farsi caricatura*”

GIORGIO AGAMBEN

“Si hay algo que se opone a la literatura de izquierda es la argumentación.”

DAMIÁN TABAROVSKY.

Abramos, pues, la caja de Pandora de Malvinas. Exploremos si las ficciones o productos culturales en un sentido amplio, caen de nuevo en planteamientos que pueden ser considerados dogmáticos o parcialmente limitados –culpa, mito, manipulación de terceros, vergüenza- a la hora abordar las nociones de identidad, nación y memoria, o bien son capaces de superarlos y abrir nuevos frentes de reflexión, arrojar más luz, más “verdad” sobre lo acontecido –Sarlo *dixit*-. Si el ensayo, el testimonio, la entrevista, la crónica periodística, la autobiografía, esto es, los géneros supuestamente más rigurosos por su objetividad y cientifismo, por su búsqueda de la “verdad” histórica demuestran, paradójicamente, como hemos visto, una mayor insuficiencia, incompetencia o incapacidad para dar cuenta del fenómeno traumático en la mayoría de los casos, indagemos y veamos hasta qué punto la ficción literaria que parte de la misma materia prima constituyen una “esperanza” interpretativa, más allá de la función mimética.

En *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction* (1988), Linda Hutcheon se centra en la idea de que prácticas literarias autorreflexivas como la ironía, la parodia, el-pastiche o la adaptación son herramientas, estrategias o instrumentos metanarrativos que

permiten un análisis crítico más lúcido de la realidad, hacen posible un ejercicio intelectual que trasciende la emoción o el sentimiento- acerca de la producción del capitalismo cultural. A través de estos mecanismos se conseguiría, en ocasiones, legitimar, pero sobre todo subvertir, el imaginario hegemónico y se observaría, entonces, que las consecuencias ideológicas derivan tanto de la continuidad como de la diferencia (Hutcheon, 1988: 93-101). “Deshistorizar” el presente, aunque labor delicada, implica repensar lo acontecido de una manera nueva y cuestionar la verdad oficial como parcial e incompleta (Hutcheon, 1988: 122-123), lo cual es especialmente pertinente en el caso de la guerra de las Malvinas. Las novelas *Los pichiciegos* de Fogwill (1983), *Las islas* de Carlos Gamerro (1998) y *Montoneros o la ballena blanca* de Federico Lorenz (2012) operan en tanto metaficciones y llevan a cabo con maestría esta “deshistorización” a través del pastiche y la parodia, que roza en muchos casos un humor absurdo y delirante.¹⁴ Este proceso de “deshistorización” metaficcional es el resultado de ingeniosos desplazamientos y múltiples perspectivas narrativas –estilo indirecto libre, primera persona- frente a la experiencia “objetiva” o la perspectiva unívoca, pero también proviene de todo un entramado alegórico o construcción simbólica nada maniquea sino polisémica en torno a los acontecimientos políticos, lo que invita, en consecuencia, a un continuo ejercicio reflexivo y comprensivo– desde la memoria o posmemoria- sobre lo real y lo apócrifo, el sueño y la locura, la verdad y la historia. Por otra parte, la mirada hacia el lenguaje mismo en estas ficciones se modifica de manera considerable y se relativiza la creencia en las aptitudes de éste para reflejar con coherencia, objetividad y fidelidad la realidad, lo que está, evidentemente, en estrecha relación también con la anulación del sujeto que se deriva del ejercicio biopolítico de Agamben. Así, las tres novelas nos permiten, en definitiva, reconstruir el pasado de manera que mediante el reconocimiento de la posible falsedad y violencia del mismo, se evite un presente de absoluta perplejidad o aislamiento ahistórico (Jameson, 1997). Los tres textos se interrogan, entonces, sobre la relación entre ficción y realidad, sobre la imbricación de la literatura con la historia, el pensamiento o la sociedad y vehiculan un mensaje plurisignificativo que incide en la instrumentalización de la vida natural por parte del poder político en la era moderna. Más que la mera exhibición de las técnicas narrativas del escritor –que también está presente, como muestran los geniales diálogos de Fogwill-, dicho mensaje desmitificador y escéptico, dirigido al/construido con el lector, constituye, de hecho, la esencia de la metaficción (Christensen, 1981: 11).

¹⁴ Por razones de espacio, únicamente analizaremos en detalle la primera de las tres novelas: *Los pichiciegos* (1983) de Fogwill. Dejamos, pues, para un trabajo ulterior nuestra interpretación de *Las islas* (1998) de Carlos Gamerro y *Montoneros o la ballena blanca* (2012) de Federico Lorenz.

Con todo, aunque el sarcasmo, la parodia, el absurdo o la ironía –e incluso la farsa y la caricatura– son formas canónicas de quitarle la máscara¹⁵ a las cosas para mostrar la realidad desagradable que hay tras ellas, en algunas ficciones postmodernas, como advierte Patricio Pron [en su blog citando a David Foster Wallace](#), la ironía y el cinismo se han convertido en un fin en sí mismo, en una medida de “la sofisticación en boga y el desparpajo literario”. Con una necesaria actitud cautelosa hacia esas formas de banalización estética que proliferan, desde cierta autocomplacencia postmoderna, y a veces despolitizan el ejercicio memorialístico, como lo hacían, de otra manera, bastantes testimonios orales, podemos afirmar que la parodia, la ironía o la farsa pesadillesca, junto a la alegoría, la contención o la elipsis son procedimientos idóneos, en términos generales y si se saben utilizar, para develar la realidad y pensarla desde otros lugares.¹⁶

Tanto *Los pichiciegos* (1983) como *Las islas* (1998) o *Montoneros o la ballena blanca* (2012) son textos arriesgados y exigentes, textos que saben que pueden fracasar por su incompletud consciente; por su carácter interrogante y autorreflexivo, por el exceso de la parodia, la farsa o la alegoría como formas expresivas *otras*, pero nunca fracasarán por la trivialización de sus estructuras o presupuestos o por contar las verdades oficiales sin plantear alternativas y versiones diferentes, sin referirse al espacio ético y la deshumanización. Las tres novelas, publicadas en tres épocas decisivas de la “historia teórica” de la guerra de Malvinas tienen en común asimismo la preocupación por un lenguaje insuficiente que no puede dar cuenta de la totalidad de la experiencia; de ahí su fragmentarismo, la polifonía de voces y el poder evocador de lo no dicho que destilan. Damián Tabarovsky, editor, crítico y escritor, se inspira en Barthes en su ensayo *Literatura de izquierda* (2010) para afirmar que cuando la literatura no se sustrae a la hegemonía del lenguaje, cuando no lo enfrenta, no lo trampea, entonces no es más que mera reproducción lingüística del poder. Declara, pues, que es preciso sospechar de toda convención, incluidos los paradigmas literarios y lingüísticos.¹⁷ En caso contrario, continua Tabarovsky como ya adelantara Sarlo, sólo quedarían para ella los espacios de la academia o el mercado (Tabarovsky, 2010: 20-21). De una u otra manera, Fogwill, Gambero y Lorenz se enfrentan

¹⁵ La frase de Chesterton que encabeza la novela *Nocturno de Chile* de Roberto Bolaño es “Quítese la peluca”.

¹⁶ Como señalan Sarlo o Vitullo es Martín Kohan uno de los autores que de forma más inteligente se aleja del exceso, el desborde o la desmesura para decir Malvinas o “los desaparecidos” desde la contención, la elipsis y un simbolismo o alegoría oblicua. *Ciencias morales* (2007) es la novela que mejor representa esta modalidad expresiva que, sin embargo, no podremos analizar, por razones de espacio, en este trabajo.

¹⁷ Diamela Eltit escenifica a la perfección el cuestionamiento del poder desde el lenguaje en todas sus novelas. Los límites de este artículo nos impiden acercarnos a su producción como representativa de lo que decimos.

al poder y utilizan la fractura de la narración, la sospecha a partir de la farsa, la parodia y hasta el “cyberpunk” o la fantasía heroica (o anti-heroica) como modalidades retóricas en absoluto *naïves*.¹⁸

Hay una impronta bastante evidente en la mayor parte de estas narrativas y en estas tres novelas en concreto: la impronta del exceso argumental que establece una continuidad entre la dictadura militar y la guerra de Malvinas. Para burlarse del concepto de “soberanía nacional” omnipresente en el testimonio oral o el discurso oficialista y decir al poder la verdad de la nuda vita a la que ha sido reducida la experiencia, el acontecimiento bélico suele quedar *excesivamente* desplazado del centro de la escena: Siempre hay alguna peripecia más trivial, más increíble, más cómica o más trágica que contar que la guerra misma (Vitullo, 2012) y esto tiene que ver con la aceptación de la “banalidad del mal” pergeñada por Hannah Arendt como concepto moral central en la articulación de los tres textos.¹⁹ El testimonio repara pero la ficción, al distorsionar, hace pensar y ayuda a entender, pero ¿se encuentra también el alivio ético?

¹⁸ El humor o la fantasía histórica se introduce a veces incluso en los relatos de la experiencia real por parte de los veteranos. Así, por ejemplo, el documental *No tan nuestras* (2005) de Ramiro Longo, utiliza el humor unido a una experiencia límite de miedo y dolor, de tal forma que el testimonio es más efectivo en clave paródica: el fusil no dispara, no hay comida, con los británicos se discute sobre rock, etc. La nacionalidad y la defensa de la patria se invierten desde lo cómico asimismo en el cortometraje *Guarísove. Los olvidados* de Bruno Stagnaro (1995), en el que se insiste en la misma idea: el humor muestra la enajenación de los soldados que ni siquiera se enteran de cuándo acaba la guerra. Es interesante tener en cuenta que estos dos documentos cinematográficos sean tal vez excepciones en un marco en el que, como afirma Jorge Warley, se perciben notables divergencias entre el tratamiento de la guerra por parte del cine y de la literatura: “La conclusión obligada es que el cine argentino persiste en un abordaje “humanista”, que la literatura más bien busca desterrar. [...] La apelación que aquí se denomina “humanista” parece adecuarse mejor a ciertas previsible expectativas del gusto del *gran público*, mientras que la literatura ya sabe de sobra que tal masividad no es de su interés o está lejos de sus posibilidades”. (Jorge Warley, 2007: 30).

¹⁹ Néstor Perlongher utiliza de modo magistral esa retórica neobarroca del exceso que se centra en la anécdota aparentemente trivial en varios relatos, por ejemplo, en “Evita vive” incluido en *Papeles insumisos* (2004).

3. Los pichiciegos: La Argentina crepuscular desde una nube blanca.

“Es notable –dijo García– los tipos mueren, pero los relojes siguen andando”

FOGWILL

En la estirpe de Libertella, Perlongher, Copi o Bolaño, Fogwill es un librepensador controvertido y provocador, un polemista o ironista que inventa su propia guerra de las Malvinas en *Los pichiciegos* (1983). Lo curioso es el asombroso parecido que lo inventado en este texto, ya clásico en su género, guarda con lo ocurrido. Parodia calculada de una realidad, en principio, inverosímil, difundida inmediatamente entre un grupo minoritario de lectores y publicada en 1983, la novela, alucinante y visionaria, irreverente y “radioactiva”, tiene como protagonistas a un conjunto heterogéneo y cada vez más degradado, desde un punto de vista tanto físico como moral, de desertores argentinos. Fogwill puso en marcha esta maquinaria ficcional cuando la guerra aún no había terminado - su fecha de escritura se sitúa entre el 11 y el 17 de junio de 1982 y la guerra había terminado el 14- e insiste una y otra vez en que esa clarividencia y carácter precursor es el rasgo distintivo del texto: “Mi novela sobre Malvinas es la única que tiene derecho a existir [...] la escribí antes para que ninguno la superara [...] Todos los demás han escrito sobre un lápida”, afirmaba el autor en [una entrevista para el programa *Nostramo* de Televisión Española](#). Ciertamente, es innegable que la novela establece unas pautas que retoman todas las ficciones que abordan el tema con posterioridad. Se opera así una desmitificación a tiempo real, y paradigmática, del absurdo de la guerra de Malvinas, pero también de cualquier guerra, se constata el *décalage* entre lo imaginado y lo real:

Pero pelear, pelear, en realidad nadie sabía. El ejército toma soldados buenos, les enseña más o menos a tirar, a correr, a limpiar el equipo, y con suerte les enseña a clavar bien la bayoneta, y viene la guerra y te enterás de que se pelea de noche, con radios, radar, miras infrarrojas y en el oscuro y que lo único que vos sabés hacer bien, que es correr, no se puede llevar a la práctica porque atrás tuyo, los de tu propio regimiento habían estado colocando minas a medida que avanzabas. Y las minas son lo peor que hay. [...] Ver el entusiasmo que traen [los británicos] quita las ganas de correr y pone en su lugar el arrepentimiento de haber nacido en el putísimo año mil nueve sesenta y dos. (Fogwill, 2010: 161).

En realidad, para Fogwill, la guerra es un disparador de otras cosas, la guerra le hace “repensar la Argentina” y con este texto, nada complaciente, pretende “brutalizar al lector”, sacarlo de su apatía y parálisis mental y de los argumentos manidos, oficiales: “La guerra tiene eso, te da tiempo, aprendés más, entendés más. Si entendés te salvás, si no, no volvés

de la guerra. [...] Si volvemos, con lo que aprendimos acá: ¿quién nos puede joder?” (Fogwill, 2010: 85). Es sabido, además, que la información durante el conflicto de Malvinas estaba absolutamente mediatizada por los medios, era desigual y contradictoria, tal y como observa el periodista angloargentino Graham-Yooll.²⁰ Fogwill decide llenar ese espacio desconocido con su “metaficción” torrencial, escrita, según se ha reiterado en múltiples ocasiones, desde la alienación de una nube de cocaína, casi en estado de trance. Así, el que comprende –lector o testigo-cronista- escapa de la manipulación ideológica y sobrevive, se salva. *Los pichiciegos* se erige, entonces, como interrupción delirante de los discursos sociales y mediáticos sobre la guerra, constituyéndose saber específico, con estatuto y reglas propias, y proponiendo el escepticismo y la duda como principio:

Mientras tanto, la radio argentina llamaba a pelear. Según la radio, se había ganado la guerra. Pero, ¿cómo creerle si veían montones de oficiales vendándose para ubicarse primero que nadie en las colas de las enfermerías? [...] Mientras, la radio argentina seguía diciendo que se había ganado la guerra. Y en la británica, entre los chamamés y zambas que pasaban, hacían la lista de entregados, que ya no los contaban por nombres –también en eso se veía acercarse el final- sino por número de regimientos (Fogwill, 2010: 163-169).

La duda más relevante tiene que ver con la “causa justa” que sustentaba el andamiaje justificativo de la guerra: la soberanía nacional. Para empezar, no está claro qué significa o en qué consiste la identidad argentina, así que menos todavía lo está si es legítimo o no ocupar las islas. De hecho, entre los protagonistas de *Los pichiciegos* hay porteños, formoseños, bahienses, sanjuaninos, santiagueños y la diferencia entre enfoques, vivencias y miradas de unos y otros es notoria. Únicamente coinciden en ser subalternos dentro de la nación, “cabecitas negras”. Estos soldados, que se autodenominan “pichis” o “pichiciegos” intercambian subsistencias con los británicos y se sitúan, por tanto, fuera de una posición soberanista o imperialista: “‘Esto es de ellos’, pensó. ‘Esto es para ellos’. Había que ser inglés, o como inglés, para meterse allí a morir de frío habiendo la Argentina tan grande y tan linda siempre con sol.”(Fogwill, 2010: 94). Es interesante, yendo más lejos, la constatación de su falta de conciencia política y su desinterés en tenerla. Da la impresión, y así se enuncia en diversos pasajes, de que están en las islas por casualidad: uno por no haber

²⁰ La función de los aparatos propagandísticos de países beligerantes es precisamente “desinformar” al enemigo y –directa o indirectamente- a sus respectivas opiniones públicas. En el caso de Argentina, al ser una dictadura, ese control de la información al servicio de la desinformación se va a exacerbar hasta el infinito. Como dice con humor Graham-Yooll, los periodistas se inventaban las noticias que iban a escribir al día siguiente. Andrew Graham-Yooll (1998). "Malvinas 1982: crónica personal", en *Pequeñas Guerras Británicas en América latina*. Buenos Aires: Belgrano: 265-350.

pedido la prórroga, otro por no haber desertado, otro por “boludo”, etc... Por tanto, el sinsentido o absurdo de una empresa bélica azarosa es obvio y se pone en entredicho todo el tiempo esa soberanía incuestionable sobre las Malvinas: importa más la libertad, la individualidad, la vida –aunque sea nuda vida-. Esa puesta en cuestión de las reivindicaciones soberanistas o esa denuncia de la violencia, la falta de libertad de expresión y el ataque a los derechos humanos consigue una efectividad extraordinaria gracias al humor que tiñe el texto:

-¿Y a vos qué te gustaría que pasara? –Que gane la Argentina –¡Y vas en cana! –
¡Yo qué sé! ¿Vos? –Yo quisiera que pacten y que se dejen de joder –¿Vos? –Que
pacten, que podamos volver. –¿Vos? –Que ganen ellos, que los fusilen a todos, y
que a nosotros nos lleven de vuelta a Buenos Aires en avión. [...] Por las líneas
anduvieron unos sociólogos haciendo encuestas [...] Contaban que buscaban
saber si los soldados estaban contentos con la comida, si pensaban que la
Argentina iría a ganar, si estaban bien, y les hacían nombrar las cosas que
precisaban. Los soldados, que hacía diez días que no veían ración caliente y que
ya no podían ni aguantar el fusil, se les cagaban de la risa. Al final –contó uno del
siete-, a los sociólogos se los llevaron presos los de inteligencia militar, o de la
policía aeronáutica y nunca más los volvieron a ver (Fogwill, 2010: 96-97).

En estrecha relación con lo anterior, aparece la idea de que la guerra tiene más que ver con la supervivencia diaria que con el combate y el heroísmo y en este sentido se desarrolla un curioso código ontológico sobre “qué era ser pichi y cómo había que hacer para ser un pichi que sirve” (Fogwill, 2010: 90). Al contar, pues, el conflicto bélico como una historia paródica y fantástica de lucha por no morir, la novela de Fogwill excluye de plano toda posibilidad de armar un relato épico en torno a Malvinas y este es también un rasgo característico que se imprime sobre las ficciones posteriores. *Los pichiciegos* inaugura, así, una forma de narrar Malvinas que anula toda posibilidad de contar la guerra desde lo heroico, y de contarla de forma referencial, como resalta Julieta Vitullo (2012: 180): “Una vez un teniente habló en la isla de que los oficiales tendrían que hacer como San Martín y un capitán le dijo que a San Martín, en la Malvinas, se le hubiera resfriado el caballo.” En efecto, el frío, el hambre, el miedo y los propios militares argentinos o los compañeros soldados son los principales enemigos y las causas responsables de ese proceso de “selección natural”. Importan más los cigarrillos o el azúcar para el mate que cualquier otra cosa, importa más aguantar hasta el invierno que ganar la guerra. El parecido con la reducción de la vida a materia sin forma humana de los campos de concentración es manifiesto. En este sentido, hay una presencia continua de lo fisiológico, escatológico o lo abyecto y el olor a mierda impregna el lenguaje en las dos partes en que se divide la novela, hasta el punto de que todo lo sensorial es anulado por ese olor; el resto de sentidos –gusto,

vista, tacto, oído- se pierden y paralizan. La deshumanización es extrema pues hay que elegir entre defecar en la pichicera o vivir:

Que se caguen de sed, pero nadie más toma agua sola. Nada más mate y bebidas, porque el que cague adentro va a volver a pelear- habían dicho los Reyes. Y volver a pelear quería decir matarlos. [...] Y todos entendían. Como ni el Turco ni los otros Magos los iban a dejar volver para que no contasen dónde estaba el lugar de los pichis, si alguien ensuciaba adentro, mientras no hubiera polvo químico, lo harían matar (Fogwill, 2010: 45).

Se soporta el olor y el instinto corporal para conservar la vida, igual que se aguanta, por idénticos motivos, el miedo:²¹ “Hay dos miedos: el miedo a algo, y el miedo al miedo, ése que siempre llevás y que nunca vas a poder sacarte desde el momento en que empezó. Despertarse con miedo y pensar que después vas a tener más miedo, es miedo doble” (Fogwill, 2010: 126). De la misma manera, se aguanta el frío, el hambre o el deseo sexual:

Pero el que ha pasado un día entero al frío sabe que los que vienen del calor pueden andar, moverse y trepar a la sierra cuando él no puede más, porque el que estuvo al frío mucho tiempo quiere estar quieto, quedarse al frío temblando y dejarse enfriar hasta que todo termine de doler y se muere [...] Soñó que se culecaba una oveja. Algunos –se decía-, habían culecado con ovejas, con yeguas y hasta con burras. Él soñó ovejas (Fogwill, 2010: 46-55).

La ética de la supervivencia es la única que existe en condiciones extremas y se fantasea y bromea sobre la necesidad de “culear”, “dormir en cama blanca, limpio”, “bañarse”, “estar en casa”, “comer un asado”, “ver a los viejos” o, en un giro inesperado, “ser brasilero”, cosas todas ellas inalcanzables, carencias graves en la pichicera (Fogwill, 2010: 98). Por otra parte, esa ética de la supervivencia va acompañada de un vocabulario coloquial propio, de una jerga especial salpicada de “fríos”, “dormidos”, “helados” o “pichis” –con su ambigüedad semántica en relación a la orina y al “bicho que vive debajo de la tierra. Hace cuevas. Tiene cáscara dura –un caparazón- y no ve” (Fogwill, 2010: 89). Y es que algo esencial le sucede al lenguaje después de la guerra, después del trauma. Al final, después de Auschwitz, únicamente queda, como afirma Arendt, la lengua materna:

²¹ “Pero escuchado por un pichi, ahí abajo, sabiendo qué es el miedo, con todo el tiempo para pensar qué es el miedo y para qué te sirve el miedo y adónde lleva el miedo, la arenga se comprendía distinto [...] Y a otros, el miedo les sacaba el hijo de puta que tenían adentro y perdían enseguida [...] Y a otros, el miedo les saca el inservible de adentro. Se volvían tan inútiles que casi nadie se los acordaba. Podían pasar tres días enteros durmiendo, comiendo las sobras de los vecinos de chimenea y sin salir a mear, para no hacerse ver por los que mandaban” (Fogwill, 2010: 141).

¡Mamá! No hubo pichi al que no se oyera alguna vez decir “mamá” o “mamita”. Despiertos, o dormidos, todos lo dijeron alguna vez. Uno salía al frío, sentía el golpe del frío contra la cara o en la garganta o en la espalda al respirar y le salía “mamá” o “mamita” de puro miedo al frío [...] Alguno habrá pensado en la madre –o todos- pero cuando decían “mamá” o “mamita”, despiertos o dormidos, no habrían estado pensando en la propia madre de ellos. Era la palabra madre nomás [...] Mamá de frío, de contento, mamá de calor, de sueño, o mamá de cansancio de descanso grande (Fogwill, 2010: 178).

De esta manera, Fogwill pone las cartas sobre la mesa y en vez de hablar de las condiciones y contexto de la guerra, de los móviles del conflicto, habla, de forma como preelíptica y alegórica a partir del rebajamiento o degradación de las categorías poéticas como procedimiento intrínseco a la parodia, del naufragio o fracaso de la sociedad argentina. El quiebre de Malvinas no puede sino resaltar, evidenciar, desvelar ese fracaso colectivo. Incluso la nieve, lejos de ser blanca, está derretida en la periferia isleña y sólo es “barro pesado, helado, frío y pegajoso”. Así, se descifra y muestra por vez primera después del trauma, cómo se percibe a sí misma esta sociedad argentina. Y se percibe como una pichicera con sus propios términos y códigos, como un microcosmos abyecto, jerárquico y desprovisto de humanidad, de empatía, de “suerte ética”, entendida como la capacidad de volver a creer en lo humano, compasivo del individuo (Levi: 1947). En el exterior, sólo el frío y la aridez:

En el televisor la nieve es blanca. Cubre todo. Allí la gente esquía y patina sobre la nieve. Y la nieve no se hunde ni se hace barro ni atraviesa la ropa, y tiene trineos con campanillas y hasta flores. Afuera no: en la peña una oveja, un jeep y varios muchachos se habían desbarrancado por culpa de la nieve jabonosa y marrón. Y no había flores ni árboles ni música. Nada más viento y frío tenían afuera (Fogwill, 2010: 14).

El estilo con que se denuncia lo disparatado de la soberanía nacional como razón para la guerra o la falacia de lo monstruoso y radical de ciertos sujetos excepcionalmente despiadados –los militares o los ingleses, según el caso- es descarnado y directo. La voz literaria es potente, única y no busca “le mot juste”, pues ésta no existe más allá de cierta precisión técnica antipreciosista, sino “que aparezca lo que se quiere que aparezca”. Por eso, además del narrador-cronista que compele a tener espíritu crítico –“Vos anotalo que para eso servís. Anotá, pensá bien, después sacá tus conclusiones” (Fogwill, 2010: 105), adquiere gran importancia el diálogo. En todo caso, existe supervivencia, también y sobre todo, gracias al lenguaje, a las palabras, a su manifestación primordialmente oral –“No había mucho que hacer. Manuel contaba películas [...] Acevedo contaba cuentos” (Fogwill, 2010: 124). La deshistorización a partir de la oralidad, de la naturalidad de un registro coloquial

que no deja títere con cabeza, pero también a partir de un humor que raya lo absurdo -“A ver si por cantar nos nota una patrulla y nos descubren el tobogán- se preocupaba el Turco” (Fogwill, 2010: 100); “¡Che uruguayo! -¿Qué? -Quería saber... ¿Si vos sos uruguayo, por qué carajo estás aquí?” (Fogwill, 2010: 20)-. Desde este absurdo, desde esta desmitificación, todo es posible: ver dos monjas repartiendo papeles cerca de las trincheras o que los desertores argentinos no mueran fusilados por los británicos sino asfixiados accidentalmente por un escape de gas, en lo que constituye un final estrambótico, fuertemente simbólico e inesperado. Casi todos los textos posteriores a *Los pichiciegos* acuden, como la novela de Fogwill, a la elipsis, la sugerencia, la alegoría o el ejercicio paródico. Es, además, una de las ficciones que interrelaciona, por vez primera, los secuestros, torturas y desapariciones de la dictadura y la guerra en las islas -desaparecidos/pichis como “aparecidos” en esa nebulosa entre sueño y realidad:-

¡No pueden matarnos a todos! -No, a todos no, ¡a la mayoría! -dijo Rubione. - Videla dicen que mató a quince mil- dijo uno, el puntano [...] -No pueden haber sido tantos -dijo el Turco, sin convicción. -No lo creo, son bolazos de los diarios- dije el pibe Dorio, con convicción [...] ¿Cómo van a remontar un avión, tomarse ese trabajo? -dijo Rubione. -Calculá: cien tipos por avión podrás tirar: son cien viajes ¡Un cagadero de guita! [...] Hacen campos de concentración. Después te piden las Naciones Unidas (Fogwill, 2010 : 66-68-93).

Dictadura militar y guerra de Malvinas son haz y envés del mismo fenómeno que deja a la víctima sin cuerpo. En los momentos menos previsible de *Los pichiciegos* se da un giro de tuerca más en la crudeza o miseria de la situación. Así, la incredulidad por lo masivo de las violaciones de los derechos humanos no es fruto de las dimensiones numéricas del horror sino que está motivada por unas cifras económicas inverosímiles; el relato de las largas colas de rendidos que esperan la comida prometida como compensación por los ingleses no deja indiferente al lector; los soldados que quitan las armas a los muertos por temor a no ser aceptados por los ingleses sin ellas *idem*; el oficial que se hiel la mano para conseguir una pensión conmueve y estremece:

Pero en su afán de sobrevivir, de retirar los cuerpos del escenario bélico y preservarlos, los pichis se resisten a dejarse matar, se resisten a que su vida sea objeto del control biopolítico, se resisten a ser *homines sacri*. [...] La “zona gris” da cuenta de una experiencia propia del campo de concentración nazi en la que el bien y el mal son indiscernibles. La “zona gris” se ubica entre el bien y el mal. En ella no hay límite ético porque lo único que existe es la vida desnuda (Vitulo, 2012: 72).

La banalidad del mal impregna todo el discurso narrativo y, salvo algunos momentos de dignidad o empatía con el dolor o las carencias de los otros, lo que Primo Levi designa

como “suerte ética” –“El marino no se lamentó más. Pidió chocolate y uno que se compadeció le regaló toda su ración de la semana” (Fogwill, 2010: 23)-, se revela la profunda deshumanización en circunstancias extremas, la soledad y el individualismo de la vida desnuda: “Cuando se murió Diéguez todos se aliviaron. [...] Entre el trabajo de sacarlo y el reparto de las raciones y las noticias que traían otros desde afuera, se olvidaron de los quejidos y de Diéguez” (Fogwill, 2010: 122). El único superviviente en esta novela –víctima y testigo- deja al azar su futuro, pues azaroso fue su presente: la dirección del humo del cigarro decidirá por él.

En definitiva, *Los pichiciegos* es una novela que denuncia los excesos de control biopolítico, en clave de farsa alegórica y de parodia histórica, de humor corrosivo y expresionista, de realismo extrañado, y que partiendo de la idea de que “todo documento de cultura es un documento de barbarie” evita maniqueísmos o interpretaciones oficiales e ingenuas del horror, reclama otras voces, otros tonos, otros discursos. Como señala Vitullo a propósito de *Las islas* (1998) de Carlos Gamerro, pero en afirmación que puede ser válida para la ficción de Fogwill: “la risa y el dolor, lo ridículo y lo serio, la farsa y la tragedia, conviven y se retroalimentan” (2012 :20) para mostrar además del control estatal, que víctima y victimario son intercambiables en un intento por balbucear al menos otras explicaciones, aunque sean de cariz poético. *Los pichiciegos*, junto a las otras dos ficciones mencionadas, funciona como marca estratigráfica de los vaivenes de la memoria y la historia en la Argentina postdictatorial. Pone sobre la mesa la “verdad de las mentiras” o, si se quiere, despliega “verdades poéticas” que se erigen en arcilla de una historia de los años de plomo y sus secuelas en permanente revisión. Ricardo Piglia reclama que “[...] para pensar bien, quiero decir para ser lo contrario de un bien pensante, hay que creer que el mundo se puede cambiar. Hay que estar en un lugar excéntrico, opuesto al orden establecido, fuera de todo” (Piglia, 2001: 26). Dejemos para otro trabajo la reflexión acerca de si los escritores consiguen o no pensar bien desde ese lugar *otro*, además de “no enmudecer el trauma, no olvidar la injusticia” (Drucaroff, 2007) y si es o no cierto que su lugar es excéntrico, es realmente *otro* y puede existir fuera del orden, puede captar el sufrimiento y las ruinas.

Bibliografía citada

- Adorno, Theodor [1947] (2007). *Dialéctica de la Ilustración. Obra completa 3*. Madrid: Akal.
- Agamben, Giorgio [1977] (2006). *Stanze. La parola e il fantasma nella cultura occidentale*. Torino: Einaudi.
- Agamben, Giorgio (2000). *Homo sacer III. Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio [1995] (2003). *Homo sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2005). *Profanazioni*. Roma: Nottetempo.
- Álvarez, Carlos (2003). *Archivo de la Asociación Civil Memoria Abierta* 26.
- Arendt, Hannah (2002). *Les origines du totalitarisme. Eichmann á Jérusalem*. Paris : Gallimard.
- Badiou, Alain y Barbara Cassin (2010). *Heidegger. El nazismo, las mujeres, la filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bataille, Georges (1976). "Le mal dans le platonisme et dans le sadisme". *Œuvres complètes*. VII. Paris: Gallimard: 365-380.
- Bauer, Tristán (2005). *Iluminados por el fuego*. Buenos Aires: Canal + España y otros.
- Benjamin, Walter (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Contrahistorias.
- Bolaño, Roberto (2000). *Nocturno de Chile*. Barcelona: Anagrama.
- Calveiro, Pilar (1998). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Christensen, Inger (1981). *The meaning of metafiction*. Oslo: Ed. Universitetsforlaget.
- Dieleke, Edgardo y Daniel Casabe (2012). *La forma exacta de las islas*. Buenos Aires: Ajimolido Films-Bloco, con el apoyo de INCAA.
- Didi-Huberman, Georges (2012). *Supervivencia de las luciérnagas*. Madrid: Abada.
- Drake, Paul y Silva, Eduardo (eds.) (1986). *Elections and Democratization in Latin America, 1980-85*. San Diego: University of California.
- Drucaroff, Elsa. "[Los libros de la Guerra](#)".(2007)
- Foucault, Michel [1976] (1998). *Historia de la sexualidad. 1 La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- Fogwill (2010). *Los pichiciegos*. Cáceres: Periférica. Edición original: 1983

- Gamerro, Carlos (2012). *Las islas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Graham-Yooll, Andrew (2007). *Buenos Aires, otoño 1982. La guerra de Malvinas según las crónicas de un corresponsal inglés*. Buenos Aires: Marea.
- Graham-Yooll, Andrew (1998). "Malvinas 1982: crónica personal", en *Pequeñas Guerras Británicas en América latina*. Buenos Aires: Belgrano: 265-350.
- Hobsbawm, Eric (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.
- Hutcheon, Linda (1988). *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. London & New York: Routledge. DOI: 10.4324/9780203358856
- Hutcheon, Linda (1989). *The Politics of Postmodernism*. London & New York: Routledge.
- Hutcheon, Linda [1984] (2001). *A Theory of Parody: The Teachings of Twentieth-Century Art Forms*. Champaign and Urbana: University of Illinois Press.
- Jameson, Fredric (1991). *Ensayos sobre el Postmodernismo*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Kohan, Martín, Óscar Blanco y Adriana Imperatore. "Transhumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas". *Espacios 13* (1993-1994): 82-86.
- Kohan, Martín (2002). *Dos veces junio*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Kohan, Martín (2007). *Ciencias morales*. Buenos Aires: Anagrama.
- Levi, Primo [1947] (2009). *Trilogía de Auschwitz. Si esto es un hombre. La tregua. Los hundidos y los salvados*. Barcelona: El Aleph Editores.
- Longo, Ramiro (2005). *No tan nuestras (not really ours)*. Buenos Aires: Corta labocha cine.
- Lorenz, Federico (2006). *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- Lorenz, Federico (2008). *Fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Lorenz, Federico (2012). *Montoneros o la ballena blanca*. Buenos Aires: Tusquets.
- Mira Delli-Zotti, Guillermo (2013). "La coyuntura 1979-1982, la guerra Malvinas/Falklands y las transiciones a la democracia en América Latina". [en prensa].
- Mira Delli-Zotti, Guillermo (2009). "Genealogía de la violencia en la Argentina de los años 70". *Historia Actual Online* 20: 49-59.
- Pedrosa, Fernando (2012). *La otra izquierda. La socialdemocracia en América Latina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

- Perlongher, Néstor (2004). Cangi, Adrián y Jiménez, Reynaldo (eds.). *Papeles insumisos*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- Portelli, Alessandro (2003). *La orden ya fue ejecutada. Roma, las fosas ardeatinas, la memoria*. Buenos Aires: FCE.
- Pron, Patricio. [“David Foster Wallace contra la ironía postmoderna”](#).
- Sarlo, Beatriz (1994). “No olvidar la guerra de Malvinas. Sobre cine, literatura e historia”. *Punto de Vista* 49: 11-15.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sloterdijk, Peter (2000). *Normas para el parque humano*. Madrid: Siruela.
- Stagnaro, Bruno (1995). *Guarísove, los olvidados*. Buenos Aires: INCAA.
- Tabarovsky, Damián (2010). *Literatura de izquierda*. Madrid: Periférica.
- Todorov, Tzvetan (2009). *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* Barcelona: Arcadia.
- VV.AA. [Entrevista a Rodolfo Fogwill](#).
- Verbistky, Horacio (2002). *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Vitullo, Julieta (2012). *Islas imaginadas. La Guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Buenos Aires: Corregidor.
- Warley, Jorge (2007). *La guerra de Malvinas (Argentina, 1982). Juan Forn, Rodrigo Fresán, Carlos Gamerro, Daniel Guebel, Raúl Vieytes*. Buenos Aires: Biblos.